

El soldado bomba

Poco difundidas, *La granada* y *La batalla* son las dos primeras y únicas piezas teatrales desde las que Walsh profundizó su búsqueda estética y se convirtió, también, en dramaturgo. La sátira del militarismo, un soldado-granada y las máquinas puestas al servicio de la destrucción son parte de un imaginario para denunciar al poder.

El teatro en tanto acontecimiento tiene como característica esencial la contemporaneidad entre espectáculo y espectadores, el carácter efímero, diluyente de la obra, que se pierde vencidos los límites del presente de la representación.

Por definición, el teatro está unido a la idea de presencia, experiencia, contemporaneidad. Es el momento del encuentro, ese tiempo teatral en el que la verdad del teatro se construye, el que constituye un desafío para su autor. Es precisamente el rasgo experimental casi político del teatro el que parecería estar poniendo en juego Walsh en su intento por encontrar los modos de circulación para su literatura que le permitieran un mayor impacto en la sociedad.

La granada y *La batalla* son las dos únicas obras de teatro de Rodolfo Walsh, publicadas por primera vez por Jorge Alvarez en 1965. Su irrupción en un recorrido de producción dedicado fundamentalmente al periodismo y la narrativa podría pensarse a partir de considerar a Walsh un escritor que ha mantenido, a lo largo de los años y de sus distintas manifestaciones culturales, la búsqueda y la curiosidad como una constante. El itinerario llevado a cabo en su formación política y profesional construye la imagen de un intelectual activo, que ha procurado no empantanarse en zonas de seguridad estancas sino que las ha revisado, discutido y re significado. Estas obras irrum-

pen en el corpus del autor como el resultado de una búsqueda de ningún modo ingenua, tomando entonces (al igual que muchos de sus actos) carácter de revolución. Walsh escribe en sus papeles personales que está disponible para cualquier aventura. Ese espíritu de cambios podría haber sido el que lo hizo subir a sus personajes a un escenario.

La búsqueda de Rodolfo Walsh se manifiesta ya en el prólogo a *Operación Masacre* de 1964, en el que confiesa que este texto habría funcionado como una especie de “bisa-gra” en su producción. En el mismo explica cómo, ante la experiencia vivida en ocasión de la revolución del General Valle de 1956, se pregunta si puede volver a la “novela seria” y los cuentos policiales; duda que derivará en la escritura de esa primera novela testimonial. Con el tiempo, las preguntas se harán enunciado y plantearán problemas que in-

La figura de Rodolfo Walsh nos interpela en relación a la responsabilidad desde el punto de vista de Sartre: ser responsable del género humano.
Patricio Conteras (Actor)

tenten resolver la tensión aparente entre la literatura y la acción política, tal como aparece en *Ese hombre y otros papeles personales* (su diario de escritor editado por Daniel Link), cuando reflexiona respecto de qué es escribir para burgueses, escribir para las masas, o escribir para la transformación social.

En ese marco, la aparición de las obras de teatro de Walsh permite pensar que ellas representan, por un lado, una búsqueda de expresión ideológica eficiente, pero al mismo tiempo, un desafío literario. Los escritos críticos que las han analizado coinciden en subrayar su carácter innovador, a partir del uso del absurdo, en relación con el naturalismo que gobernaba la dramaturgia argentina de la época. *La granada* y *La batalla* se han asociado con *El desatino* de Griselda Gambaro, como textos inaugurales, entre otros, de nuevos modos de hacer teatro en la Argentina.

Las dos obras proponen, desde una postura estética que conjuga ciertos modos del realismo, el absurdo, el grotesco, una mirada sobre el ejército.

La Granada es la única que se estrenó en vida del autor, en una puesta dirigida por Osvaldo Bonet en el Teatro San Telmo, en 1965. En el año 2003 fue elegida como obra inaugural para la reapertura del Teatro Cervantes, dirigida por Carlos Alvarenga, y protagonizada por Juan Manuel Gil Navarro, Patricio Conteras y Antonio Ugo. La historia se inscribe en



el marco de una guerra; los altos mandataros del ejército se ufanan de haber adquirido una granada de alta capacidad destructiva, cuando aparece en escena un soldado que explica que, por accidente, se ha saltado el seguro del artefacto y él ha puesto el dedo sobre el resorte que impide la explosión: si lo saca, volará, y con él todo el ejército. El soldado Aníbal Gutiérrez se convierte entonces él mismo en la granada. Como solución al problema, las autoridades del ejército han convocado a Fuselli, un extraño personaje, especialista en explosivos, que vive con una bomba que quedó alojada en su espalda. El diálogo del soldado Gutiérrez con Fuselli tiene momentos que pueden pensarse como los más logrados de toda la obra.

La batalla desarrolla su argumento en un pequeño país de América Latina, gobernado de manera autoritaria por el Generalísimo López que, viendo aniquilados sus focos políticos de resistencia, entiende que su gobierno no tiene sentido sin nadie que le haga frente. Entonces organiza él mismo, a través de su edecán, el Comandante Robles, una revolución en su contra. Se destaca en la historia el personaje de Grundig, un enano que, como si se sintonizara una radio, es capaz de reproducir las conversaciones ajenas que el Generalísimo quiere oír. En esta obra hay dos personajes de tinte romántico, que son el guerrillero Efraín y su hermana Celia, que encarnan a la juventud que lucha por sus ideales.

El teatro en tanto experiencia interpela al espectador de un modo distinto al que una narración conmueve al lector: le permite construir otra mirada del mundo, transformar la conciencia política. Esto fue intuido por Walsh en su búsqueda de nuevos modos de decir, de significar. Con sus obras espera sorprender, intrigar, perturbar. Esa perturbación permite ampliar la mirada, ver de modo diferente y a partir de allí, transformar la conciencia política. La parodia del autoritarismo militar a

partir de la creación de situaciones ridículas (como el soldado-bomba, o el dictador que autogestiona una revolución en su contra), de la construcción de personajes desopilantes (como Fuselli o Grundig, el enano), son suficientes para lograr en el espectador esa incomodidad y desde allí, la revisión y la crítica del orden establecido.

Con tan solo dos obras de teatro Walsh declara su incursión en la dramaturgia y propone, desde allí, otros modos para la revolución.

Fuselli era él

Texto *Patricio Contreras*

La figura de Rodolfo Walsh nos interpela en relación a la responsabilidad desde el punto de vista de Sartre: ser responsable del género humano. Hace unos años su nombre era todavía tabú. El estreno en el Teatro Cervantes de *La Granada* se lee como un gesto que intenta recuperar el nombre y la obra del autor dentro del marco cultural institucional de la Argentina. Los textos de Walsh incomodan e interpelan, no solamente a su contexto inmediato, sino también retrospectivamente. Fue un visionario, un ser intelectualmente lúcido y valiente, al que sus lectores nos acercamos con absoluto respeto y humildad. La puesta en el Cervantes intentó recuperar para la gente su obra: un cambio en el escenario cultural que no es casual si se piensa el contexto de cambios políticos que se han sucedido en los últimos gobiernos kirchneristas.

El personaje de Fuselli es de un extremismo extraordinario, porque es un farsante, es un vendedor de ilusiones, pero que encarna la voz de Walsh en su mirada sarcástica de la realidad. Sus reflexiones acerca de la muerte y el destino son, detrás de curiosos juegos de palabras, de gran profundidad filosófica. Si hubiera conocido a Walsh le hubiera pedido que escribiera un monólogo para Fuselli, que es un personaje con una gran sabiduría e insolencia, combinación indispensable desde la que el mismo Walsh interpela a la sociedad.